

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

70

LETRAS LIBRES
MARZO 2013

REVISTAS LITERARIAS

CELEBRACIÓN DE THE NEW YORK REVIEW OF BOOKS

ENRIQUE KRAUZE

No recuerdo cuándo descubrí *The New York Review of Books*. Debe haber sido hace cuarenta años. Me suscribí instantáneamente y he seguido siendo su fiel lector hasta hoy. A esa benemérita publicación debo el descubrimiento y la lectura de autores esenciales. Pienso, al azar, en Isaiah Berlin, Hugh Trevor-Roper, Conor Cruise O'Brien, Leszek Kołakowski, Clifford Geertz, Alfred Kazin, John H. Elliott, V. S. Pritchett, Saul Bellow, Susan Sontag, V. S. Naipaul, Irving Howe. No hay quincena que no reciba la revista y la lea. Y casi no hay zona de la vida intelectual que la revista no atienda. Aunque ha pasado por diversas épocas, ha conservado intacto su inconfundible formato y mucho más: su amplitud de intereses y sus curiosidades varias, la elegancia y claridad de su prosa, su notable nómina de autores y, sobre todo, su sentido crítico. Hasta la presencia de David Levine, su caricaturista histórico, se ha eternizado. Fallecido en 2009, sigue presente en sus páginas.

Hacia 1985 almorcé con su editor Robert Silvers. Había tenido la osadía de enviarle –sin que me lo hubiera pedido– la reseña de un libro. Silvers la rechazó con argumentos que me sirvieron muchísimo en mi propia tarea de editor y crítico: *be concrete, tell us a story*. Aunque en su planta de autores había tenido a los mayores ensayistas de habla inglesa (Edmund Wilson, nada menos), Silvers rehuía (por gusto, por instinto, por voluntad de claridad) de la tradición francesa del ensayo. La juzgaba, no sin razón, propensa a las vaguedades y la grandilocuencia.

En 1992, en un extravagante congreso sobre revistas literarias organizado en España con motivo del Quinto Centenario, conocí a Barbara Epstein y a su compañero, el periodista Murray Kempton (lo recuerdo con su inconfundible corbata de moño), que años atrás había escrito, en la propia revista, un elogio de Gabriel Zaid. Nos hicimos amigos. Era extraño hablar de literatura en el Country Club de Madrid, pero eso decidieron nuestros anfitriones. Barbara no conocía España y apenas se había asomado al mundo latinoamericano. Tímidamente, me atreví a señalarle que esa era una de las pocas omisiones que advertía yo en la revista.

Al morir Octavio Paz, Barbara publicó mi obituario. Poco después me encargó escribir sobre Chiapas. Fue una experiencia inolvidable. No menos de treinta veces fue y volvió el manuscrito (en aquellos tiempos lo hacíamos por fax) con correcciones, precisiones, indagaciones siempre atinadas. Luego nos vimos muchas veces a comer en Patsy's, su restaurante favorito a la vuelta de sus oficinas en la calle 57 y Broadway. (Recuerdo que siempre pedía su S. Pellegrino.) Era divertida, irónica, cultísima. En una de esas reuniones me presentó a Rea S. Hederman, un nada egoísta y muy gentil gigante de Tennessee, que es el dueño de la revista desde hace varias décadas.

Al morir Barbara, retomé el contacto con Bob Silvers. Repetiré –porque lo he vivido directamente– lo que todo mundo dice sobre él: tiene 83 años pero se ve veinte años menor, vive para la revista (y muchas veces vive en la revista) que ha editado por

+Robert Silvers.



cincuenta años. Escoge personalmente los libros (le llegan cientos a la semana), pide personalmente las reseñas, sugiere personalmente las preguntas básicas, revisa personalmente los textos, y a menudo toma el teléfono para hablar con el autor (un domingo en la noche, por ejemplo) para aclarar un punto oscuro o una frase mal construida. Esa es la prodigiosa artesanía que explica el éxito y la permanencia de *The New York Review of Books*.

We're not giving up, escribió a sus amigos luego del festejo en Nueva York. Tampoco nosotros, sus lectores. —

CIENCIA LOTFI A. ZADEH Y LA LÓGICA BORROSA

✎**TERESA GIMÉNEZ BARBAT**

Este año 2013, la Fundación Fronteras del Conocimiento del BBVA ha otorgado el premio en la categoría Tecnologías de la Comunicación y la Información en su quinta edición a Lotfi A. Zadeh por la invención y desarrollo de la *fuzzy logic* o lógica borrosa (LB) o difusa. El jurado estuvo de acuerdo en que su aportación había sido “un avance extraordinario” que permitió a las máquinas trabajar con conceptos imprecisos, de la manera en que lo hacen los humanos, y así “permitir resultados más eficientes y ajustados a la realidad”.

Lotfi A. Zadeh nació en 1921 en Baku, capital de la antigua República Soviética de Azerbaiyán, donde su padre, iraní, trabajaba como periodista. Cuando cumplió los diez años, se mudó con su familia a Irán y prosiguió sus estudios en la escuela presbiteriana americana. Luego, se desplazó a Estados Unidos, donde, después de pasar por el MIT, se incorporó en 1959 al departamento de Ingeniería Eléctrica y Ciencias de la Computación de Berkeley, en el



+Los complejos cálculos de una lógica difusa.

que empezó a dirigir el área de Soft Computing en 1991. Aunque es ciudadano estadounidense, ha conservado la nacionalidad iraní.

En 1965, Lotfi Zadeh propuso su teoría sobre la LB en un trabajo que acabó siendo de los más citados del siglo xx. La idea central es que la lógica clásica impone que un elemento esté claramente demarcado en una exposición. Pero, según Zadeh, la realidad es más compleja. Hay grupos, clases, cuyos límites son indeterminados. Por ello la LB establece un puente entre la lógica clásica y el mundo real.

Más de dos decenios después, el inventor de la LB introdujo una nueva idea: la de *soft computing*, una metodología híbrida que engloba la lógica borrosa, las redes neurales, los algoritmos evolutivos y el razonamiento probabilístico. Así la LB entra a formar parte de los procesos de toma de decisión de los sistemas y de los ordenadores que de este modo son capaces de evaluar entre grados y tonalidades de la realidad.

En los últimos cincuenta años, esta metodología ha generado alrededor de cincuenta mil patentes solo en Japón y Estados Unidos. Los principales avalistas de la teoría de la LB han sido todas las aplicaciones prácticas que ha generado. Que un método esté o no conectado con la realidad se demuestra cuando puede emplearse en productos que forman parte de la cotidianidad del día a día. La LB permite integrar elementos de perfiles

imprecisos, como todo lo que tiene relación con grados y matices. Por ejemplo, en el caso de las lavadoras, esta técnica permite seleccionar un ciclo modulando su duración y velocidad con el nivel de suciedad de la ropa de una forma más económica que otros métodos. Otros campos similares son los buscadores de internet, las cámaras de vídeo, la instrumentación médica, las plantas de tratamiento de aguas residuales o el control inteligente de motores para coches.

Sin embargo, lo que hizo especialmente famosa a la LB fue su contribución a la mejora de las técnicas en la conducción de metros y ferrocarriles; el ejemplo más conocido es el del tren de Sendai, en Japón.

En el acto de entrega del premio, el propio Zadeh recordó que su teoría no ha estado libre de controversia. La LB ha sido recibida con entusiasmo por algunos científicos e instituciones pero también con gran escepticismo por parte de algunos sectores académicos y profesionales. No todos creen que la teoría de los conjuntos borrosos sea algo consistente desde el punto de vista científico y matemático. La controversia con la LB empieza por su propio nombre, que, según Zadeh, tiene connotaciones peyorativas en lengua inglesa. Según el premiado, este ha sido el motivo de que sus teorías hayan tenido más aceptación en los países asiáticos, que adoptan más fácilmente “matices del gris”,

LETRAS LIBRES
MARZO 2013

que en el “cartesiano” Occidente cuya tradición requiere que las cosas sean blancas o negras.

Quizá por ello el país más receptivo a las aplicaciones de la LB fue Japón, que apoyó su empleo en los sistemas automáticos de trenes y metros de la ciudad de Sendai. Según afirmaban los impulsores de esta tecnología, los sistemas de aceleración y de frenado producían un menor coste de energía eléctrica y una experiencia de viaje más suave para los pasajeros.

Uno de los críticos más conocidos de la LB y sus aplicaciones fue el recientemente fallecido Robert A. Pease. Graduado en el MIT, fue ingeniero de aplicaciones en la National Semiconductor Corporation y experto en circuitos integrados, además de divulgador científico, escéptico y colaborador de la revista *Skeptics* del conocido periodista científico e historiador Michael Shermer.

Bob Pease discutía las ventajas de la LB sobre los sistemas convencionales, que tan bien conocía. Para él, la mayoría de afirmaciones sobre el valor de esa metodología se basaban, principalmente, en el desconocimiento técnico de sus analistas. En el famoso caso del tren de Sendai, Bob Pease opinaba que resultaba menos eficiente que otros sistemas a la hora de economizar energía, y que solo aparentaba serlo más a causa de un fallido análisis computacional realizado en 1985 y nunca revisado, y a causa de que la única investigación científica seria se efectuó antes de que el tren se pusiera en circulación. Reconocía que era un buen tren, suave y bien construido, pero que, por sus características, no podía ir más deprisa que los demás ni consumir menos energía. En su opinión y en la de otros escépticos, los documentos técnicos en que se fundamentaban tales afirmaciones eran “triviales”, estaban escritos con símbolos “esotéricos” y redactados en “fraseología erudita y oscura”, incomprensible hasta para quienes aplicaban la LB.

Sea como fuese, el propio Pease admiraba las dotes intelectuales y la imaginación de Lotfi A. Zadeh. Y su deportiva capacidad para aceptar el diálogo y la controversia con sentido del humor. El mismo Zadeh contó en distintas ocasiones el deseo expresado por un buen amigo, escéptico ante la LB: “Lotfi, espero vivir lo suficiente para verte invitado a la Casa Blanca y que el presidente te imponga una medalla por tomarles el pelo a los japoneses haciéndoles creer que la LB es una buena idea.”

Una excelente anécdota que pone la guinda a un desafío intelectual que quienes somos legos en tan sofisticada materia podemos disfrutar. —

ESPAÑA

LA ENFERMEDAD DE LA CORRUPCIÓN

✂ DANIEL GASCÓN

Desde que a mediados de enero se supo que Luis Bárcenas, extesorero del Partido Popular implicado en la trama Gürtel, había llegado a tener veintidós millones en una cuenta en Suiza, la corrupción ha protagonizado la actualidad política española. Los medios de comunicación han publicado informaciones que apuntan a una financiación ilegal del partido en el gobierno y a sobresueldos cobrados durante años por dirigentes de esa formación. El PP no está siendo convincente en sus explicaciones: ha amenazado con querrelarse con los medios que informen del caso, sostiene de manera difícilmente comprensible a una ministra como Ana Mato y Bárcenas, supuestamente despedido, ha seguido cobrando del partido durante dos años. Al abrir el periódico, uno tiene la sensación de que una ardilla podría recorrer el país saltando de una trama corrupta a otra. Todos los partidos que han tenido



✦ La corrupción, según William Hogarth

el poder presentan casos. En torno a un 8% de los municipios españoles se ha visto envuelto en escándalos de ese tipo, según el informe “Aproximación a una geografía de la corrupción urbanística en España”. El yerno del monarca está implicado en varios presuntos delitos que amenazan cada vez más a la Casa Real. El presidente del Tribunal Supremo y del Consejo General del Poder Judicial tuvo que dimitir hace unos meses por la presunta malversación de caudales públicos.

Todo es desalentador y un tanto chusco, como si Francisco Ibáñez hubieran decidido adaptar un libro de teoría política: peritos caligráficos examinan los cuadernos de Bárcenas, que según el supuesto autor son una falsificación; el presidente del gobierno dice que “todo es falso, salvo alguna cosa”; Urdangarin firma correos como “el duque em...Palma...do”; el gerente de un *think-tank* del PSOE pagaba tres mil euros por artículo a una supuesta experta norteamericana que era un seudónimo de



su mujer. Eso sucede en un momento en el que el gobierno intentaba vender cierto optimismo: apretarnos el cinturón y cruzar los dedos. Pero, con seis millones de parados, un desempleo juvenil del 56% y una tremenda pérdida del poder adquisitivo de los ciudadanos, esos casos hacen que se extienda la impresión de que se piden sacrificios a la gente mientras algunas élites se aferran a sus privilegios y se saltan las normas que ellas mismas establecen: “la clase política” es la tercera preocupación de los españoles, según el CIS.

Muchos casos tienen algo de resaca de la burbuja y de asuntos que la democracia española no ha sabido resolver de manera satisfactoria, como la financiación de los partidos y su tendencia a la opacidad y al blindaje. A eso le ayudan también cierta lasitud generalizada, la polarización mediática —que tiende a ver estos casos como armas para debilitar al enemigo, y que hace que los ejemplos de corrupción del rival se destaquen y se olviden los

propios— y la propia naturaleza de la corrupción: aunque supone una pérdida de recursos y de dinero que deberían ir a otro sitio, en un primer momento puede beneficiar a los ciudadanos y los votantes no la castigan.

Proliferan las explicaciones de la corrupción —desde actualizaciones de Max Weber a aplicaciones de la teoría de las élites extractivas de Acemoglu y Robinson, pasando por la caída de la religiosidad, aunque mi preferida es la de un profesor de Derecho que asegura que la clave está en que la importancia del subjuntivo en el castellano hace de él una lengua ideal para la mentira—, soluciones mágicas e iniciativas que tienen un aire apresurado y a veces populista. El líder de la oposición exigió la dimisión del presidente del gobierno de forma precipitada, en lo que parecía más una forma de seguir la corriente de la indignación que una estrategia. Antes, Izquierda Unida propuso que no se pueda indultar a quien comete un delito económico. Unión Progreso y Democracia sugiere impedir que los imputados por corrupción opten a cargos públicos y la presidenta del PP de Madrid ha demandado una “regeneración democrática”, lo que hace pensar que tiene mala opinión de su trabajo en los últimos decenios, en los que ha ocupado puestos de poder y visibilidad, o de la inteligencia de los ciudadanos. Mariano Rajoy empeñó su credibilidad personal y, al hacer pública su declaración de la renta, retomó la iniciativa. El líder de la oposición le imitó unos días después. Pero no tiene sentido iniciar una espiral exhibicionista, donde parece que vaya a ganar quien tenga menos. Si uno de los problemas es el distanciamiento hacia la clase política y es importante destacar que no todos los políticos son iguales, medidas demagógicas como eliminar el sueldo de los diputados o de los concejales parecen más que discutibles: contribuyen a restar importancia a su trabajo.

Aunque resulte tentador pensar que España es diferente, otros países de nuestro entorno han vivido

casos parecidos. La democracia tiene recursos para depurar la corrupción: libertad de prensa, separación de poderes, asunción de responsabilidades, elecciones libres. Hablando acerca de los culpables de la crisis financiera, Niall Ferguson, que no es exactamente un revolucionario antisistema, recordaba la frase de Voltaire: “En este país, de vez en cuando se ahorca a un general para animar a los otros.” Los implicados deben asumir su responsabilidad política y los intentos de tapar el escándalo pueden acabar resultando más dañinos que el escándalo en sí: aunque la corrupción no afecte a toda la organización, la sensación de ocultación y protección sí, y causa una pérdida de credibilidad en el partido y en todo el sistema. Los medios de comunicación tienen que contar lo que pasa y ser incómodos para el poder, porque ese es su trabajo. La justicia debe actuar con independencia, y sería magnífico que aumentasen los medios para que pudiera obrar más rápidamente. La corrupción, como otras formas de robo, es más frecuente cuando es fácil cometerla, y para que disminuya es mejor realizar un buen diseño institucional que confiar en la bondad de los hombres: los partidos y la administración deben ser más transparentes; la regulación legal debe ser más sencilla (“cuanto más corrupta está una sociedad, más leyes tiene”, escribía Tácito); debe haber menos cargos discrecionales para que la administración frene los intereses partidistas. No deberíamos desaprovechar la oportunidad que da una crisis: no es necesario, como he oído estos días, romper la baraja, darle la vuelta al país como un calcetín o entrar en el Estado con la piqueta, sino exigir que las instituciones operen correctamente y corregir sus disfuncionalidades. De lo contrario, eso se quedaría en nada: en uno de esos brotes de indignación que suben y bajan como la espuma, o en una peligrosa visión cínica y nihilista que olvida que, en una democracia, todos estamos metidos en política. —

LITERATURA

POUND EN PISA: LA VANIDAD Y LA CÁRCEL

✎ JULIO TRUJILLO

El Centro de Entrenamiento Disciplinario (CED) de Pisa, durante los estertores de la Segunda Guerra Mundial, era una cárcel gringa que Hugh Kenner llamó “el intestino delgado del ejército”. Sus huéspedes eran gente distinguida: traidores, desertores, violadores y asesinos. Y aun en esa biósfera, había celdas especiales (básicamente jaulas de metal) para los “incorregibles”.

La noche del 23 de mayo de 1945, los prisioneros pudieron ver cómo los técnicos soldaban una de las celdas especiales, con dos y tres refuerzos. ¿Quién podía ser ese nuevo prisionero que requería medidas extremas de seguridad en una cárcel de por sí infranqueable e inhóspita? Al día siguiente se enterarían: era un viejo de sesenta años, con mirada de loco, melena pelirroja y a quien habían dejado ingresar, excepcionalmente, con un libro de Confucio y un diccionario de chino bajo el brazo (también, famosamente, llevaba una semilla de eucalipto en el bolsillo). Acusado de traicionar a Estados Unidos por hacer propaganda fascista en Radio Roma, Ezra Pound iniciaba sus días de poeta enjaulado.

Seis meses estuvo Ezra Pound en el CED de Pisa, antes de ser llevado a Estados Unidos para ingresar en el hospital psiquiátrico St. Elizabeth, donde pasaría los siguientes doce años de su vida. En el CED dio tantas vueltas en su propia celda, que dejó un surco en el piso con la forma del infinito. Para no enloquecer, además de leer a Confucio y escribir (cuando por fin le dieron un lápiz y, posteriormente, una Remington) lo que después serían los “Cantos pisanos”, Pound jugó largas partidas de tenis mental contra su propia sombra. La vida como la inminencia de una muerte súbita.

El resultado de esa estancia son once poemas o cantos (del LXXIV al LXXXIV) que reclaman un lugar destacado en la historia de la poesía del siglo XX. De hecho, también *bacen* historia de la poesía al remedar sus diferentes maneras de expresión con inusitado talento. Por si fuera poco, el “Tío Ez” también quiso, de paso, contar la historia del mundo. Sobre los “Cantos pisanos” escribió Montale: “Imaginemos que se pudieran radiografiar los pensamientos de un condenado a muerte diez minutos antes de su ejecución, y que ese condenado tenga la envergadura de Pound: un poema que es la recapitulación explosiva de la historia del mundo, sin ninguna ligazón ni relación de tiempo o espacio.” Dicha ambición parece haber encontrado un límite en algún momento dado de su estancia en el CED. Años después declaró el propio autor: “He tenido la dureza de la juventud hasta los sesenta; pero la soledad de la muerte descendió sobre mí, por un instante, a las 3 pm.” Acaso la mejor expresión posible de esa dureza doblegada se encuentre en las estrofas finales del célebre “Canto LXXXI”. En ese poema, como ya lo había hecho contra la usura, Pound enfila sus fuerzas contra la vanidad, y lo hace —sorprendentemente— con una entonación lírica.

Humilla tu vanidad.

No eres más que un perro golpeado bajo el granizo, solo una urraca hinchada bajo el sol veleidoso, medio negra, medio blanca, y ni siquiera distingues el ala de la cola.

Humilla tu vanidad.

Mezquino es todo tu odio nutrido por la falsedad.

Humilla tu vanidad, ansioso en destruir, avaro en caridad.

Humilla tu vanidad, te digo, humíllala.

¿Qué es esto? ¿La expiación del hombre que alguna vez declarara que a los treinta años de edad iba a ser la

persona que más supiera de poesía en el mundo? ¿El acto de contrición de quien regañara constantemente a Roosevelt en la radio fascista? ¿El último, humilde gesto del inventor y promotor del *make it new*? Eso parece. No obstante, en las líneas finales del poema, Pound saca pecho, deja su vanidad de lado y ajusta cuentas:

Pero el haber hecho en vez del no hacer nada,

esto no es vanidad.

El haber, con decencia, llamado para que un Obtuso abra, el haber recogido del aire una viva tradición

o de un magnífico ojo anciano la llama invicta,

esto no es vanidad.

Aquí el error está todo en lo que no se hizo,

todo en la timidez que titubeó...

Ah, el viejo Ezra. *To have gathered from the air a live tradition* es uno de los versos más hermosos, fluidos y arrogantes del siglo XX. Y su importancia no solo radica en su perfecto equilibrio, sino en que, en efecto, Pound —y solo él— *recogió del aire una viva tradición*. La prisión lo dobló un poco, pero no lo suficiente como para que ocultara esa medalla de honor. —

✦ Ezra Pound, poeta y preso.





+El que fuera y vuelve a ser Joseph Ratzinger

RELIGIÓN

EL LEGADO DE BENEDICTO XVI

✦ MARÍA LUISA ASPE ARMELLA

El 28 de febrero a las ocho de la noche concluyó un pontificado complejo, de claroscuros, en un momento particularmente delicado de la iglesia católica. En su texto de renuncia al papado, Benedicto XVI manifestó motivos válidos y creíbles: edad avanzada, falta de fuerza para ejercer su cargo como se debe y del vigor, tanto de cuerpo como de espíritu, requerido para dirigir a la Iglesia en tiempos recios. Se trató de una decisión humilde, sensata y discernida: en clara conciencia y plena libertad, según dijo él mismo, que ayuda a desmitificar el cargo de pontífice, privilegiando el servicio sobre la sacralización.

El breve mensaje pronunciado en latín cumplía con las formalidades que marca el derecho eclesiástico que aún mantiene un empolvado Canon 332, que en su segundo párrafo señala: “Si el romano pontífice renunciase a su oficio, se requiere para la validez que la renuncia sea libre y se manifieste formalmente, pero no que sea aceptada por nadie.”

Vaticanólogos, historiadores de la Iglesia y críticos por igual suelen aludir a la distancia existente entre aquel joven teólogo reformista —contemporáneo de Rahner, Daniélou, Von Balthasar— y el futuro prefecto de la

Congregación para la Doctrina de la Fe Joseph Ratzinger. Poco se ha escrito, sin embargo, de las razones que expliquen ese giro teológico.

El teólogo jesuita José Ignacio González Faus cuenta una anécdota del primer Ratzinger como maestro en Tubinga a finales de 1966. Disertaba el futuro papa sobre dos escuelas teológicas antiguas: la de Alejandría, más conservadora, y de Antioquía, más abierta. “¿Y en Roma?”, preguntó para responderse después de una pausa: “En Roma, ya saben ustedes, no se hace buena teología.” “La sonora ovación del alumnado todavía retumba en mis oídos”, relata González Faus. Sin embargo, ya como Benedicto XVI, Ratzinger asumió el mensaje íntegro del Concilio Vaticano II, al que calificó como “una brújula que permite a la barca de la Iglesia navegar en mar abierto, en medio de las tempestades o de la calma, para llegar a la meta”.

En los casi ocho años que duró su papado, Ratzinger escribió tres encíclicas: en 2005, *Deus caritas est*, donde describe el amor que Dios ofrece al hombre. La segunda, *Spe salvi*, de 2007, que trata de la esperanza y la tercera, de 2009, *Caritas in veritate*, que analiza el papel de la caridad como vía maestra de la doctrina social de la Iglesia. En su vertiente reflexiva, ha pretendido continuamente restablecer el diálogo fe-razón sin diluir el Evangelio; conversar con la cultura sin disolver la propia identidad religiosa.

Controvertida, por decir lo menos, resultó su “reforma de la reforma” litúrgica posconciliar encaminada a contrarrestar los abusos cometidos y a recuperar la sacralidad del rito y el “encuentro con el misterio”. Por primera vez en tiempos modernos un papa reconocía los pecados de la Iglesia: tomó medidas disciplinarias tajantes en los casos de pederastia por parte del clero que salieron a la luz en 2009 y 2010, tanto en Europa como en América, y pidió perdón una y otra vez por los abusos y se reunió con las víctimas.

No pocos han acusado a Benedicto XVI de ocultar los abusos mientras fuera posible. A muchos les parecerán tímidas o insuficientes, pero sus medidas resultan inauditas si nos atenemos a la tradición de encubrimiento en la institución vaticana.

Pero el caso de la pederastia no fue el único. Los ocho años que duró su pontificado quedaron marcados por el escándalo: así los abusos de clérigos contra menores, la fuga de documentos personales y oficiales de la Santa Sede o los turbios manejos financieros en el Banco del Vaticano.

Queda como uno de los grandes pendientes para un nuevo pontificado culminar la tarea que emprendiera Benedicto XVI respecto a la reforma de la curia, lo que significa, en palabras de Pietro Rossano: expulsar de la Iglesia el poder que la ha ocupado.

Hombre que no ha dejado de sorprendernos, Benedicto XVI ha recomendado a los sucesores de Pedro la lectura de la famosa carta de San Bernardo al papa Eugenio III, *De consideratione*, que, en palabras de Ratzinger, “no indica solo cómo ser un buen papa, sino que expresa también una profunda visión del misterio de la Iglesia y del misterio de Cristo”. Es la misma carta en que el llamado “último de los padres de la iglesia” confiesa: “Debería proseguir aún la búsqueda de este Dios, que aún no ha sido bastante buscado, pero quizás se puede buscar y encontrar más fácilmente con la oración que con la discusión.” —